Sé, que es de mis padres un legado
el amor hacia el suelo en que nací,
mi vida a su recuerdo he consagrado:
¡Oh Patria mía, por siempre te perdí!

CARIDAD DE SALAZAR DE ROBLES

San José, junio 1945.

La última ascensión al volcán "Rincón de la Vieja" (*)

Por A. Camps Aubert

(Recuerdos del 21 de mayo de 1945.)

LIBERIA

Era domingo 20 de mayo.

Liberia acude a misa. Terminada la segunda misa parroquial, a las 9 a. m., se organiza una procesión con la veneranda imagen del Santo Cristo de las Misericordias, en acción de gracias por la paz de Europa... y en su fragio de las almas de los caídos en la guerra.

Estrena la imagen una Cruz y andas nuevas, primorosas e imponentes.

Mucha gente; orden, compostura, respeto y religiosidad.

La banda militar toca primores. ¡Bien por Liberia!

La procesión entra al templo; poco a poco se dispersa la gente.

RUMBO AL VOLCAN

Son la una y media de la tarde. Llega mi amigo don José Manuel Martínez Palomino montado y me ofrece una cabalgadura. Monto y salimos de Liberia, los dos, siguiendo el camino de Nicaragua. Hallamos muchachos a pie y a caballo de regreso a sus haciendas; para todos hay un saludo a veces jocoso, a veces socarrón, pero siempre cariñoso. Dejamos el camino de Nicaragua para tomar otro vecinal a mano derecha que conduce a Curbandé. Al poco rato pasamos el puente de madera sobre el río Colorado que corre ahí profundo, encajonado en pura peña, con aires de misterio y leyenda... Apuramos el paso para evitar un chubasco que hace rato nos persigue. A las tres de la tarde llegamos a Curbandé, caserío agradable y pin-

---

(*) **«Rincón de la Vieja»**..., lenguaje popular que quiere significar un lugar fantástico... donde moran brujas..., hadas..., etc.

toresco. Nos apeamos en la casa del señor Martínez; su esposa doña Graciela nos recibe amable y sonriente. Vienen otras personas a saludarnos; descansamos; comimos luego. A las siete de la noche rezamos el rosario en común, en el corredor de la casa. Habría unas cuarenta personas, gente sana, laboriosa, religiosa y amable. Tras el rosario viene la plática en tono familiar; es escuchada en un silencio profundo y respetuoso. Terminado el acto religioso conversamos animadamente sobre nuestro viaje al volcán y convenimos en madrugar. Don Alberto Guzmán será nuestro guía; hombre alto, delgado, de cincuenta y tres años, de mirada inteligente; recalca él que no debemos llegar a una determinada mancha del monte antes de que salga el sol; de lo contrario nos perderíamos en esa montaña. Convenimos salir a las cuatro de la madrugada. Llovía pero no fuerte; la gente se iba debajo del agua deseándonos un buen viaje al volcán. Casi toda la noche llovió en esa forma. Invoqué con fervor, varias veces, a mi Santita de Lisieux para que nos diese buen día y pudiéramos contemplar las maravillas que ha hecho su dulce y divino esposo: *Jesús*.

LA PARTIDA

A las tres y media tomamos café; aún lloviznaba un poco; a las cuatro iniciamos la partida. ¿Cuántos éramos? Las tinieblas impedían contarlos. Un brillante foco nos permitía ver el camino, los palos y ramas que podían lastimarnos. Por fin vino el día: éramos nueve y entre los cuales estaba doña Graciela de Martínez, quien quiso compartir la fatiga del viaje y tener el gusto de asistirnos. Algunos se quedaron esperando bestias que no pudieron coger por las tinieblas de la noche; otros se quedaron por falta de cabalgaduras; alguien por esperar a un compañero que nunca llegó.

Pronto estuvimos en "Guachipelín", hacienda de mi amable señor y amigo don Elías Baldioceda. Cruzamos sus potreros interminables; llegamos a un cafetal hermoso y lozano; doce mil palos sembró allí nuestro guía, nos anuncia él mismo, satisfecho de su labor. Por fin llegamos a una montaña espesa y abrupta que tenemos que atravesar, escalando el volcán.— Siete brazos fornidos manejan sendos machetes que van cortando bejucos, ramas y arbolitos que obstruyen nuestro paso; el trabajo es árduo, pero el guanacasteco es hombre completo y cuando empuña un machete, la tierra tiembla a su paso...; esos machetes pican, asimismo, los tallos de árboles corpulentos para dejar huella escrita de nuestro paso. Vimos árboles enormes: matapalos, aguacates de monte, nísperos, jorcos, plátanos, mirtos, robles, copeles y otros que nadie conoce.

Nuestra penosa ascensión a través de esa enmarañada y espesa selva, dura unas dos horas. Recibí varios golpes en todo el cuerpo, principalmente en las rodillas; mi cabalgadura era de bozal y me era muy difícil manejarla con rapidez y precisión debida para evitar los golpes de los palos y ramas; unas alforjas de mecate que llevaba por delante, me protegieron muchísimo.

Hemos subido mucho.

Por momentos se acaba la selva; los palos de copel en esa altura son enanos; sus copas están al alcance de nuestra mano; sus tallos y sus ramas enmarañadas ofrecen una resistencia trágica a nuestro paso. Por fin salimos de la selva para llegar a un hermoso y enorme zacatal que se prolonga desde esa montaña hasta la tierra negra, fea y pelada del volcán, cuesta arriba.

LA TREPADA

Dejamos nuestras bestias alli bien amarradas en sendos arbustos y nos preparamos a una nueva y última aventura; el día estaba radiante y bello como nunca. El zacate que pisamos es abundante, muelle, frondoso como pelo rizado y agradable al tacto. Dejamos nuestro avío y todo peso superfluo, incluso las polainas que usamos. La cuesta tendría un 85 % y un 90 %; cosa seria, peligrosa y difícil. Mis cuarenta y nueve a punto de cumplir y mi alma con una carga de 190 libras..., me dieron a entender que mi aventura era peligrosa.

A la media hora de estar trepando distinguimos abajo dos jinetes y compañeros rezagados, que acababan de salir del monte; desde nuestra altura parecían dos enanos. Desde ese momento somos once personas con nueve machetes, dos rifles y cuatro perros. Pero la cuesta es seria y el trabajo de pies y manos es agotador. La señora de Martínez, ágil como una paloma va subiendo sin descanso; usa pantalones y realmente que les hace el debido honor.

TIERRA DE ESPANTO

Llegamos por fin a una zona donde se acaba el zacate y comienza una región enorme de tierra calcinada y lava negra con matices blancos que parece ceniza regada; al pisarla sentimos que cede un poco, parece que debajo de la lava haya una capa de arcilla. No se ve ni una mata, ni un arbusto, ni siquiera una brizna de hierba; región es ésta de espanto y terror.

Vamos subiendo penosamente; me siento desfallecer, pido auxilio a un buen muchacho llamado Salomé Jirón, fornido, alto y fuerte como un roble. Acude él presuroso a mi reclamo y me lleva con su mano acerada cuesta arriba; siento un alivio inmenso De trecho en trecho descanso jadeante, para dar salida a la fatiga; la respiración es aciaga y difícil. Vamos llegando a un paso peligrosísimo que lo miro con horror. Varios compañeros se aprestan ayudándome a salvarlo. Un resbalón allí sería el fin de mi vida. Abajo queda un abismo. Son tres ahora de mis amables compañeros que me ayudan a subir. Vemos frente a nosotros el origen de los ríos "Colorado" y "Blanco" que bajan casi paralelos, uno a la derecha y otro a la izquierda nuestra: un chorrito infeliz nos dice que nacen allí. Estos dos ríos son afluentes del río de "Los Ahogados" y éste, a su vez, del río "Tempisque."

Por fin llegamos al primer collado del volcán. Descansamos; toma-

mos una bebida estimulante; miramos hacia atrás y dominamos una extensión inmensa de territorio. A mano izquierda nuestra quedan el Miravalles, sobre Bagaces; el Tenorio, sobre Cañas. No se ve Liberia, pero lo adivinamos. Nubes en lontananza cierran nuestro horizonte majestuoso. Nos volteamos y seguimos caminando casi horizontalmente sobre el mismo lomo del coloso que pisamos por fin. A mano izquierda dejamos una punta pelada y alta llamada *"Von Seebach"*, en honor de un alemán de ese apellido que dejó constancia escrita de haberla escalado con varios peones en enero de 1865, quien confiesa que por milagro salvó su vida, pues a más de los pasos peligrosos que tuvo que arrostrar, como nosotros ahora, halló, por complemento, un viento huracanado difícil de vencer, fenómeno éste muy ordinario en los meses de verano que son de diciembre a mayo. Miro con envidia esa punta; con gusto hubiera subido allí; lástima que mis compañeros se hayan alejado tanto de nosotros buscando el cráter del volcán.

Llegamos a un punto que constituye la división de las aguas. Frente a nosotros el Atlántico; detrás de nosotros el Pacífico.

A poco de caminar, aparece el gran Lago de Nicaragua, majestuoso y azul; el Ometepe a nuestros pies con sus picos de Madera y Concepción, frente a Cárdenas. El Ometepe en nueva erupción y humeante ahora.

Hacia la izquierda divisamos el gran volcán *Orosí,* extinto, agreste, selvático y desconocido de Costa Rica.

Un alemán lo escaló a mediados del siglo pasado.

Don Otoniel Vega Martínez, mi distinguido amigo, lo escaló en abril de 1923 con cinco compañeros. No creo que nadie más haya escalado ese volcán. El suscrito ha intentado la empresa varias veces, pero ha desistido ante enormes dificultades.

Hacia la derecha se destaca la selvática región de Río Frío; distinguimos unos potreros que serán haciendas ubicadas en las márgenes de ese río. Todo el conjunto ofrece una vista colosal, inmensa, risueña y preciosa. No se cansa el ojo de contemplar detalles y matices. Me llaman los compañeros y me instan a seguir; obedezco y sigo caminando rumbo al cráter; camino penoso, largo y molesto; menos mal que vamos descendiendo.

Llegamos a un punto desde donde divisamos a mano derecha una laguna de agua trasparente, ubicada en la parte baja de un enorme cráter extinguido. A mano izquierda queda el cráter que buscamos; divisamos el humo plomizo y majestuoso. Tenemos que pasar por una cresta que da pavor; un viento suave nos echa el vaho de algo repugnante a nuestro olfato. cargado de azufre, que se desprende del volcán y que impide respirar. Caminamos ahora entre dos abismos y el trecho es largo y sumamente angosto. Siento venir paulatinamente un vértigo; me paro, tomo el brazo de Jirón que tengo adelante, y la mano de otro compañero que tengó atrás; miro en lontananza para distraerme y lo consigo: desaparece el vértigo. Sigo caminando fuertemente asido de la mano de mi buen amigo Jirón; él raras veces habla; pero es amable como el pan tierno y generoso como un vino añejo. Así son todos mis compañeros: hombres valerosos, humildes,

fuertes, como el resto de los vecinos de Curbandé y Cañas Dulces, de donde ellos proceden. Mis pies a veces quieren resbalar... pero Jirón está listo, sujetándome siempre y evitando la catástrofe.

LA MAXIMA SORPRESA

Por fin llegamos al puro cráter del "Rincón de la Vieja."

Una brisa fresca y agradable ahuyenta los vahos del volcán arrojándolos en dirección opuesta a la nuestra y nos permite estar allí parados, contemplando esta maravilla. La cresta se ensancha como cosa de dos metros entre cráter y cráter y desaparece todo peligro.

Hallo a mi gente sentada y muda, contemplando el fondo del cráter; me hacen señas de que no hable y signos de precaución; me contagian y quedo allí parado mirando el fondo del cráter. Se levanta uno y me dice a la oreja que es peligroso conversar aquí porque se alborotan esos humos y tapan el fondo del cráter que nosotros contemplamos casi completamente descubierto, por excepción, pues casi siempre se halla cubierto por ese humo. Notamos que en el fondo del cráter, que tiene unos cien metros de profundidad, existe una verdadera laguna de agua verde-amarillenta con grandes franjas completamente amarillas, que parece azufre derretido; esa agua está hirviendo; divisamos los borbollones; mide esa laguna unos doscientos metros de largo, por unos ochenta de ancho; es irregular; tiene una dirección Noroeste. Mi distinguido amigo don Edgardo Baltodano Briceño, digno Gobernador actual de Liberia, me contaba que así la vió él en el primer viaje que hizo aquí en mayo de 1920, cuya exacta descripción aparece en el libro del Centenario de Nicoya, página 66. No obstante, nosotros logramos verla mejor que él, pues nuestro día es luminosísimo; la laguna está radiante; el vapor que sale de ella se inclina precipitadamente a la derecha del cráter, diríamos que obligado por mano oculta ya que no sopla viento de ninguna clase y menos en esta profundidad.

Lo interesante es notar el cambio que experimenta esta laguna, pues según el testimonio de dicho señor Baltodano Briceño, que la visitó por segunda vez hace algunos años y según el testimonio de los señores don Fidel Tristán, don Ricardo y don Alvaro Fernández, quienes en 1922 lograron visitarla, nos aseguran todos ellos que vieron no una laguna de agua hirviente, sino un embudo enorme que en la parte ancha tendría veinticinco metros de diámetro, por unos ocho en la parte angosta; que por ese canal arrojaba el volcán cantidades de humo concentrado y abundante ceniza y con gran violencia y fuerza. El testimonio de mi gente confirma que la ceniza de este volcán, ha maltratado sus siembros en distintas ocasiones.

Una señora que vive en Curbandé aseguraba haber presenciado en una noche una gran llamarada que salía de ese cráter. Indudablemente que esta laguna se transforma radicalmente. Sólo Dios sabe a punto fijo, lo que ocurre aquí; las reacciones y transformaciones que nosotros periódicamente podemos anotar con gran dificultad. La mayoría de los que visitan este crá-

ter a duras penas han logrado ver un *"humo"*, que no será humo sino vapor, efecto natural de esta tremenda ebullición que generalmente cubre toda la boca del cráter, vapor impenetrable a la vista. Así me lo asegura nuestro buen guía el señor Alberto Guzmán; él vive en Curbandé; ha estado aquí cuatro veces en un espacio de cuarenta años y nunca había logrado ver el fondo del cráter: "Un humo tan espeso como una nube obscura, tapaba constantemente toda esta boca sin lograr ver nada del fondo", me asegura él. Satisfecha nuestra vista ante tal espectáculo, rompo el silencio hijo del miedo e invito a mi gente en alta voz a glorificar a Dios Nuestro Señor en esta altura singular. Nos hincamos todos sobre la lava, posición algo incómoda; juntas las manos rezo en alta voz un Padrenuestro sonoro y fervoroso; sigue el Avemaría y son seguidos ambos por toda mi gente con el mismo fervor; invoco a Dios Nuestro Señor; adoro su poder infinito, su sabiduría, su bondad sin límites, que nos habla *hasta* por la boca de los volcanes. Le pido humildemente libre a todos los presentes de caer en el barranco del Infierno. Acto seguido nos paramos todos y arrojo yo una piedra regular hacia el cráter que resbala precipitadamente por la pendiente del mismo. ¡Espectación singular! Choca la piedra en las aguas hirvientes y constatamos que no sucede fenómeno alguno.

Arrojamos diez, veinte. Por fin nos decidimos desprender una piedra gigantesca que estaba reclinada en el borde del cráter. Nuestros hombres toman precauciones para no rodar juntamente con ella; usan las piernas, tendidos en el suelo, para darle el último empujón: rueda ya vertiginosamente la piedra enorme y choca en las aguas hirvientes de la laguna con gran estrépito: nada anormal acontece.

Todas estas piedras que están aquí coronando el cráter, llaman poderosamente la atención, porque se nota que están simplemente *acomodadas* por efecto de alguna erupción reciente; la mayoría ni siquiera están firmes; otras, parece que están enterradas, sea que descendiesen de mayor altura, sea que la misma lava volcánica las tapara y que las lluvias y vientos huracanados hayan descarnado paulatinamente. El mismo señor Baltodano Briceño hace la misma observación en la narración de su primera ascensión al cráter. En 1932 estuvieron aquí varios liberianos entre ellos don Otoniel Vega Martínez, don Rafael Rivera, don Secundino Fonseca, etc.... El primero de ellos me contaba que lograron ver una laguna de agua hirviendo color verdoso con franjas amarillas, etc. Como nosotros la hallamos ahora. Luego, por el testimonio de todos se deduce que esta boca sufre transformaciones tan radicales que elevan a este cráter como el más activo y peligroso que tiene Costa Rica. Ni el volcán Turrialba, ni el Poás, ni el mismo Irazú pueden aventajarlo y ni siquiera compararlo.

Nuestros muchachos hallaron una botella semi-enterrada en uno de los bordes de una cresta de arriba, bastante distante de este cráter; vieron dentro de la botella un papelito escrito y en descomposición; no pudieron sacarlo y cargaron la botella; con el calor solar secó el papel y se logró extraerlo, dice así: "Junio 18 de 1939. Paseo al Volcán: Alfredo Maduro,

Alfredo Povedano, Alfredo Chamorro, Héctor R. Guevara, Conrado Estrada, José J. Mojica, Eduardo Estrada, Orlando Armas, Manuel Santos A., Pedro Muñoz Z., Jorge Céspedes, Frco. Amador, Joaquín Marín, Lico Baldioceda. Estos dos últimos se regresaron. Muy mal tiempo nos hizo pero tuvimos un momento de suerte y despejó el cráter. Estaba en erupción."

Hasta aquí la narración del papelito que con gran dificultad pudimos leer por su estado corrupto. Dicho papelito queda en mi poder y lo acomodo en el estuche de mis lentes para conservarlo mejor. Dejamos la botella abierta y parada en un punto de esta cresta y sostenida por buenas piedras.

EL REGRESO

La voz del guía nos recuerda amablemente que tenemos que regresar.... Son las diez y quince minutos de la mañana. Tenemos que evitar que la lluvia casi segura de la tarde nos coja antes de penetrar la montaña espesa y abrupta que nos espera. Resolvemos irnos: contemplamos por última vez la laguna hirviente; en ese instante junto mis manos y trazo sobre ella la bendición de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pidiéndoles a las tres Augustas Personas, Dios Soberano, que el fuego que transforma estas aguas sea benigno y que sus emanaciones, no perjudiquen las campiñas circunvecinas salvo, no obstante, su Divina Voluntad, si dispusiera lo contrario, para acrecentar el bien espiritual nuestro o para castigar merecidamente nuestros pecados personales y principalmente los pecados públicos de los pueblos.

Vamos caminando paulatinamente hacia atrás. Como este cráter está completamente al lado de Nicaragua y en descenso notable, nos toca ahora subir. A mano derecha queda el cráter en ebullición; a mano izquierda la laguna de agua fría enorme, tranquila y transparente, lugar de descanso para muchos visitantes.

En 1932 don Otoniel Vega Martínez y compañeros liberianos visitantes comprobaron los destrozos enormes en la vegetación contigua a esa laguna, como efecto natural de alguna muy violenta erupción del cráter al estilo de un bombardeo en guerra moderna. Me aseguraba dicho señor que habían hallado tronchados palos de regular tamaño; lo cual permitía divisar la laguna desde la cresta más alta del volcán que está casi perpendicular y que se halla cubierta de frondosa vegetación. La sede de esa laguna es un cráter enorme, extinto; sigo contando hasta siete los cráteres en toda esta vertiente; algunos de tamaño reducido, otros regulares; algunos cubiertos de frondosa vegetación, otros completamente pelados y son los que quedan a mano derecha de la laguna.

Seguimos subiendo hasta situarnos en la vertiente de las aguas. Echamos los últimos vistazos al gran lago de Nicaragua..., al Ometepe..., a unos islotes perdidos en lontananza y a mano derecha, que parece ser el grupo de las "Solentiname"; me parece que en Nicaragua las había oído mentar así.

¡El último adiós... y todo queda atrás!

EL DESCENSO

Entramos de lleno hacia el panorama de Costa Rica; el horizonte nublado casi no permite distinguir nada. Una brisa húmeda y fría azota nuestros rostros. ¡Qué diferencia de temperatura entre ambas vertientes!: la del cráter es caliente; la del lado de Costa Rica es fría y desagradable. Vamos descendiendo penosa y aceleradamente; estamos suficientemente entrenados en ese teje y maneje de subir y bajar cuestas. Nuestros zapatos hasta que crujen y están a punto de reventar.

Al cabo de una hora de descender, llegamos al término del zacatal aquél, donde habíamos dejado nuestras bestias amarradas y nuestro avío en buen recaudo. Poco a poco nos juntamos los once. Tres muchachos van a buscar agua en el "Río Blanco" con un calabazo grande y una botella; dicho río queda encajonado en un barranco peligroso que tenemos a mano izquierda.

Doña Graciela de Martínez va preparando sabrosa mesa sobre una capa de hule tendida en el zacatal. Nos sentamos todos alrededor de ella.

Hay comida rica y abundante, gracias a Dios, dador El de todo bien; ¡el apetito es serio! Nuestros muchachos comen con avidez; el vino regocija el paladar. Reina un silencio total, interrumpido sólo por el regaño continuo a nuestros cuatro canes... que no satisfechos con los huesos que les arrojamos..., atrevidos y osados, arriman el hocico dentro de los límites de nuestra mesa improvisada. Un chaparrón que se inicia nos obliga a buscar nuestras capas, pero queda frustrado.

Por fin, contentos, satisfechos y felices todos montamos nuestras cabalgaduras y principiamos a penetrar por el tupido monte de palos de copel, enanos. Seguimos en descenso rápido y entramos en la selva alta. Son las doce y media. Todo el mundo selvático está en su apogeo. En distintos tiempos y en distintos pasos contamos tres manadas de monos grandes de color amarillento gris. Al divisarnos, brincan unos veloces...; algunas hembras llevan sus monitos en la espalda donde ellos se agarran fuertemente; los machos se rascan el estómago con la mano sentados en un gran rama, y nos miran impávidos; uno grandote y panzudo suelta su agua natural en forma atrevida e irrespetuosa, pudiéramos decir; otro mono se contagia y hace lo mismo. No resisto la risa ante tal ocurrencia; pregunto a mis compañeros por el nombre de tales monos y entre risas y miradas maliciosas me responden que ellos les llaman *"Panchos."*

Más adelante nuestros cuatro perros se agitan...; habrán visto alguna pieza de monte que tanto pudiera ser algún tigre como algún conejo ¿Qué será? Nuestros hombres se paran y guardan profundo silencio; los dos rifleros siguen a los perros, se internan en el monte y desaparecen al instante de nuestra vista; nos quedamos esperándolos allí; al rato regresan; no pudieron ver nada. No es tan fácil cazar en este "maremagnum" de palos enormes y de otros palitos que crecen lozanos a la sombra de los primeros. Indudablemente que esta tierra es riquísima en humus y fertilísima; en su inmensa extensión está holgando.

Recogimos tres flores rarísimas; sus pétalos eran rojo-obscuros, gruesos, sedosos y recios; su tamaño como la palma de la mano; otras flores diminutas de pétalos rojos con un botoncito negro en el centro; las matas de estas flores son exhuberantes y de dos metros de altura. Se arrancan unas veinte pacayas raras y hermosas para ser trasplantadas en tiestos de la casa de doña Graciela de Martínez.

Solamente pude divisar a gusto un pájaro de aspecto tristón; su tamaño, regular; tenía la cabeza y parte superior del cuerpo completamente negra; la inferior amarillo-cenicienta; pasamos muy cerca de él y ni siquiera se movió. Más adelante vi otro pájaro de color negruzco y del tamaño de una paloma que cruzaba rápidamente sobre mi cabeza y se escondía entre el follaje.

Estamos ya en el cafetal. Nueva tentativa de nuestros perros de perseguir algo...; nuestros rifleros corren veloces tras ellos...; pero no lograron precisar nada.

Divisamos ahora la hacienda de "Guachipelín". Un torete juguetón espera y embiste furioso a un perro de los nuestros por la espalda; el perro huye despavorido y esto provoca risas de nuestros hombres; uno de nuestros jinetes se incorpora ante el mismo torete retándolo... mientras éste se resuelve a cornearlo de lo lindo; el jinete pica veloz a su bestia y frustra la tentativa; nuevas risas de nuestros muchachos. En "Guachipelín" recogimos unos focos que dejamos guardados. El mandador nos obsequió unos ricos bananos que agradecimos y consumimos rápidamente. Al poco rato de caminar divisábamos perfectamente bien a nuestra amable Liberia, destacándose principalmente su templo de color rojo-obscuro.

Tres de nuestros muchachos se despiden de nosotros para seguir una trocha que conduce a Cañas Dulces. Estreché con cariño la mano bienhechora de mi amable y fornido Jirón y compañeros. A las cuatro de la tarde llegábamos a Curbandé. El vecindario viene hacia nosotros preguntándonos qué tal viaje tuvimos. Les contamos nuestras peripecias. Se alegran ellos de que nuestro viaje fuera próspero y feliz.

En la noche, terminado el rezo del rosario, platicamos a gusto comentando al detalle nuestra visita al volcán.

Por fin llega la noche y la hora del descanso; mi sueño era profundo y reparador.

Al día siguiente, martes 22, a las siete de la mañana montamos rumbo a Liberia visitando antes el lugar donde se levantará una Ermita de la Santita de Lisieux, segunda Patrona Oficial de Francia y reina de todos los corazones de Curbandé.

Este caserío posee ya una imagen de la Santita, tallada en cedro. La Ermita marcará el cuadrante de su primera plaza y el futuro pueblo a delinear.

La mañana es espléndida, el cielo azul, la luz refulgente. Nuestros ojos no se cansan de ver los famosos palos *"corteza"* que en este mes aparecen intensamente floridos con su clásica flor amarillo-canaria; se inter-

calan unos bejucos muy floridos de campanillas moradas. El machete del amigo y único compañero, don José Manuel Martínez, me brinda un rosario de hermosísimas campanillas.

Desde una planicie muy hermosa contemplamos el río Colorado, majestuoso, de cauce profundo, cuya cuna visitamos ayer.

Mayo es el mes ideal en nuestro Guanacaste; ni polvo, ni barro; la vegetación florida como por ensalmo.

A las 11 a. m. llegamos a Liberia; antes de despedirnos convenimos para conocer en un próximo futuro una enorme *"paila"* del volcán, que es un hervidero natural del mismo y queda a poca distancia de Curbandé. Parece que existen unos veinte hervideros en una de las faldas del volcán que mira a Curbandé. Rindo expresivas gracias a mi amigo por su amable compañía y le aseguro que la ascensión al volcán ha hecho un bien muy grande a mi alma y ha proporcionado solaz a mi fatigado cuerpo. No obstante no me atrevo a recomendarla a nadie; menos al sexo débil, por los peligros serios, graves y numerosísimos que entraña la empresa. Si alguien no quiere atender mi advertencia y apetece ir al volcán, quedo tranquilo porque como dicen los moralistas *¡"scienti et volenti non fit injuria"!* Creo que el único tiempo acertado para visitar dicho volcán, sería la segunda quincena del mes de abril; en ese tiempo cesan los vientos en Guanacaste y generalmente no llueve aún en toda esta región de Liberia. En mayo no hay viento, pero en algunos años, hay nubes y agua copiosa.

Nuevo planteamiento de un delicado problema nobiliario: La nobleza sefardita

Por Don Norberto de Castro y Tosi

Juez de Armas de Costa Rica y Guarda de su Armorial General. C. del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas. Académico C. de la Mexicana de Genealogía y Heráldica (1). Fellow, Institute of American Genealogy.

"En plantear bien los problemas está el secreto de sus resoluciones", (2). El tema que nos hemos propuesto tratar es uno de los más espinosos de la ciencia heroica, no porque su resolución sea difícil, sino porque historiadores (y aún distinguidos genealogistas) cegados por prejuicios y desconocedores de los principios en los cuales se asientan las teorías nobiliarias, han confundido y han logrado que la gran mayoría de los pensadores (a quienes siguen, por lógica ley de gravedad intelectual, el resto de la humanidad) confunda dos conceptos absolutamente distintos: la *"nobleza"* y la *"limpieza de sangre"*. Error craso que es necesario ante todo deshechar. Nobleza en su sentido amplio, es la palabra que de-